

PRESENTACION

«La sustancia de la filosofía es ética. Ética, que una vez que hace su obra, pelagra de tomar esta obra por hecha de una vez por todas: ética de la sobrenaturaleza, ética de la razón, ética de la vida (singular o social), ética de la ciencia... Siempre en poder de un amo. Pronunciada por el hombre su voz, deja él de estar en activo; se abraza a esa voz y secunda su dictado, como el primitivo en su baile secunda los ritmos del tambor tribal. Lo que hace el hombre con la soledad no se resuelve en nada. Mas nada de lo que con ella hace es de una vez por todas resolutorio» (S. Alvarez Turienzo, *El hombre y su soledad*, p. 255).

Dentro de los usos académicos internacionales, el género de «homenaje» a alguna figura destacada de la docencia o de la investigación, con motivo de una fecha señalada en su biografía, cuenta con amplia tradición. Es la ocasión oportuna para que colegas, amigos o discípulos ofrezcan un testimonio público de reconocimiento y, al mismo tiempo, para que quede como símbolo permanente de la personalidad del homenajeado. Por el contrario, los contenidos que se cobijan bajo este género son muy variables: desde el intento de unificarlo en torno a un tema básico, el que se supone dominante en la personalidad del homenajeado, hasta la más heterogénea «miscelánea», caben múltiples fórmulas.

En España este género, antes que una costumbre habitual, resulta más bien excepcional. Cuando se produce, nuestro ya tópico pecado capital de la envidia arroja sobre él la sospecha de tartufismo. Se suele escoger la circunstancia de alguna «despedida» y más de uno sospecha, muchas veces con razón, que el presunto homenaje es una carta de despido a mayor honra y gloria no del homenajeado, sino de los autores del homenaje. Tampoco debía resultar tan extraño que en una tradición cultural como la nuestra, tan escasa de verdaderos maestros, sean muchos los que no se sienten dispuestos a reconocer ningún magisterio y en el fondo temen que tal reconocimiento sea pura beatería. Sin embargo, los hechos, además de ser tan «estúpidos» como quería Nietzsche, son insobornablemente testarudos y el empeño en olvidar nuestra historia jamás nos hará más libres, sino tan sólo más ignorantes.

Es un hecho constatable que en su casi medio siglo de existencia la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca sufrió un cambio fundamental, que afecta a la raíz misma de su concepción y que, por tanto, no estuvo exento de traumatismos considerables. Sea por elección propia o por la fuerza de las circunstancias, el Prof. Alvarez Turienzo,

con sus largos años al frente de la Facultad, fue la personificación, la encarnación visible de ese cambio básico, hasta el punto de que sin exageración cabe hablar de un «antes» y un «después». No se quiere decir con ello que todo lo de «antes» fuese malo y todo lo de «después» sea bueno, no se trata de establecer sobre ello un juicio definitivo (al menos, quien esto describe no sería nunca el indicado para pronunciarse con objetividad), sino tan sólo constatar el hecho de que la actual Facultad de Filosofía es impensable sin la gestión del homenajeado.

Pero él no fue nunca fundamentalmente un gestor, sino que es, ante todo y sobre todo, un docente; una docencia que, como es preceptivo en la universidad, combinó la enseñanza y las tareas académicas con la investigación. El mismo habló alguna vez de la docencia como una actividad rodeada por todas partes de ingratitud, no sólo por el ya mencionado olvido del magisterio recibido en un acto catártico de asesinar al padre intelectual, sino también porque los frutos sólo aparecen a largo plazo y son difíciles de reconocer, mientras que los desechos y los desaires son el pan de cada día. Sin embargo, un cuarto de siglo ininterrumpido en una cátedra fundamental tiene que significar por fuerza una copiosa siembra; que las semillas fructifiquen, que lo hagan de una u otra manera, es algo que ya no depende sólo del sembrador. De la amplitud y rigor en las preocupaciones intelectuales del Prof. Alvarez Turienzo puede ofrecer una idea su amplia producción literaria, sus numerosas intervenciones en congresos y conferencias a lo largo de Europa y América; pueden dar testimonio de ello muchas generaciones de alumnos; podemos confirmarlo sus compañeros a lo largo de los años con su peculiar habilidad para destrozarnos falsas seguridades y lanzar a cada uno en la vorágine de los problemas. Las tentaciones de dogmatismo difícilmente fructifican a su lado, no por ausencia de convicciones, sino porque siempre hay un «pero» que es el develador del problematismo insondable fuera del cual se marchita toda actitud filosófica.

El gran desafío que es hoy enseñar filosofía o, si se prefiere el tópico kantiano, enseñar a filosofar —¿alguna vez no fue esto problemático?—, se agranda hasta colocarse en el ojo del huracán si el docente es el titular de Ética. Asediada por las urgencias del hombre, que pide a la Ética respuestas breves y claras para sus angustias cotidianas, corre el riesgo de perder la tensión filosófica y convertirse en un sermonario para laicos. Asustada por la multiplicidad y la opacidad de lo cotidiano, corre el riesgo de vaciarse de contenido refugiándose en formalismos abstractos, tan neutrales como estériles, porque, si al hombre se le vacía de sustantividad también se le vacía de toda dimensión ética, quizá porque el vacío de ética es ya vacío de humanidad. Nuestros años han conocido tantos abusos en nombre de la «ética» que hasta el mismo vocablo se ha vuelto odioso. Cuando surja ese vacío en el borde de la nada, razones estratégicas en tropel estarán prestas a sustituirla y, bajo la atractiva apariencia mercantil de «pluralismo», no quedará otra cosa que un inconsistente y vergonzante «politeísmo» de dioses pequeños, crueles y sedientos de sacrificios humanos. Cito de nuevo al Prof. Alvarez Turienzo: «No concibo la ética más que como asunto personal intras-

ferible. Y si esa ética es un engaño, una ilusión o cosa parecida, dejemos de una vez de hablar de ética». Lo cierto es que no vale la pena criticar sesudamente a los ídolos, ni siquiera a los omnipresentes ídolos del foro; es más sensato e incluso más eficaz ponerlos en ridículo, pero quizá resulte más difícil porque para ello hay que saber ejercitar algo tan poco cotizado como el «esprit de finesse».

Si esto no fuese suficiente, resta todavía un hecho que, por sí solo, justificaría sobradamente este homenaje. La creación de esta revista es el fruto más palpable y más perdurable del trabajo realizado en la Facultad e incluso significa una completa concepción de la actividad intelectual. También el Prof. Alvarez Turienzo fue la cabeza visible de un animoso grupo que logró poner en marcha la publicación. Esa puesta en marcha exigió desmoronar fuertes resistencias, vencer suspicacias no siempre infundadas y bregar contra todo tipo de dificultades. Pero, si difícil es la puesta en marcha de una publicación periódica en filosofía, no lo es menos mantenerla y conferirle alguna identidad que la haga reconocible cuando las publicaciones filosóficas en nuestro medio han proliferado hasta un extremo difícil de comprender para un observador exterior, aunque fácilmente explicable para quien lo vea desde dentro. El Prof. Alvarez Turienzo fue el primer y único director hasta el momento de esta revista; los gruesos 16 volúmenes publicados, con sus explicables altibajos, son una realidad reconocida y llevan la impronta marcada de su director. Aunque sólo fuese por este título, Cuadernos Salmantinos de Filosofía debía este homenaje a su animador y director; quizá el intento de pagar la deuda no incluye los rendimientos que deberían esperarse de capital tan pródigamente concedido.

Cuando el comité de redacción me encargó la tarea, complicada y gratificante, de organizar este homenaje, surgió inmediatamente una dificultad de fondo: habría que compaginar una necesaria pluralidad de colaboraciones y orientaciones con un cierto talante unitario en el conjunto. El resultado final, como era previsible, es un término medio que no satisface del todo ninguno de esos intereses. Varias colaboraciones previstas al final están ausentes por múltiples circunstancias; las presentes se mueven dentro de un arco que sólo pálidamente refleja la amplitud de intereses, curiosidades y saberes del homenajeado. Sin duda, la amplitud termina desdibujando algo la unidad y, sin embargo, sospecho que en medio de esa diversidad no existe una unidad temática, pero sí un talante unitario reconocible. Los ejes de coordenadas marcados por el «agustinismo» y la «ética» —los dos focos inicialmente previstos en esta extraña elipse como motores básicos de las preocupaciones del homenajeado— son lo suficientemente amplios y lo suficientemente definidos para seguir identificando al conjunto, incluso cuando varias colaboraciones desbordan de modo directo ese marco.

En última instancia, queremos que este volumen sea también un símbolo. Ya se sabe que los símbolos sólo se aproximan por caminos tortuosos a la realidad que quieren manifestar. En lenguaje llano, esto quiere decir: gracias por la docencia, gracias por la lucidez, gracias por ese espíritu crítico siempre despierto.

Ahora es el momento, gozoso y triste (cada cual combinará estos dos ingredientes en proporciones muy diversas), de una nueva despedida. En una de sus obras más importantes, el homenajeado escribió que el hombre es «un animal de despedidas», un ser que siempre se está despidiendo y eso debe de ser así porque nunca acaba de despedirse. Estoy seguro de que el homenajeado sólo se despide formalmente de la docencia sistemática y espero que incluso esta liberación permita frutos más copiosos en las otras facetas de su personalidad. Pero no queremos con ello caer en aquella conocida confusión de A. Gide ante aquel rótulo en una estación norteafricana de ferrocarril pensando líricamente que los españoles identificamos la «espera» con la «esperanza»; si estamos en actitud de espera, es porque hemos acumulado excesivas razones para mantener la esperanza. Con la tristeza de vacío que ahora queda a nuestro alrededor y, al mismo tiempo, con el gozo de haber podido culminar una tarea bien hecha, nos queda la esperanza de los frutos más maduros de una vida fecunda.

ANTONIO PINTOR-RAMOS